



EN NOMBRE DE MI PADRE

Florentino Gómez

EN NOMBRE DE MI PADRE



Primera edición: diciembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Florentino Gómez

© Diseño de portada: Elena Gómez Vegas

ISBN: 979-13-87612-12-2

ISBN digital: 979-13-87612-13-9

Depósito legal: M-26607-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A la memoria de mi padre, que dejó esta vida a las 00:05 del día 17 de mayo de 2019 en la 2.ª planta habitación 210 del Hospital San Pedro de Alcántara (Cáceres).

A mi madre, que vivió, convivió unida a él durante setenta y tres años. Cada atardecer espera su regreso. La añoranza tiene su corazón invadido. Su mirada perdida está llena de tristeza y soledad que nadie le puede quitar. Cuando estamos los hijos junto a ella, a veces suspira y dice:

«¡Ay, qué solita estoy!».

Me llama y me dice: «¿Sabes dónde está padre?».

Le digo: «Sí, en la residencia», y ella me mira incrédula. No se lo cree.

Y... sigue sin saber dónde está. Esperando cada tarde su regreso.

Reflexión

«Dichosos los muertos que mueren en el Señor. Sí, que descansen de su fatiga, porque sus obras los acompañan».

Ap. 14,13

«Al final, lo importante no son los años de vida, sino la vida de los años».

ABRAHAM LINCOLN

«Nació para morir: el 22 de enero de 1923. Murió para vivir: el 17 de mayo de 2019».

(En una lápida del cementerio de Malpartida de Cáceres).

S. AGUSTÍN.

Desde que murió mi padre, siento que la eternidad está más cerca. A un tiro de piedra.

Testamento vital

Dirijo la vista al cielo, a toda velocidad.

Mi pensamiento habla con Dios y a la tierra vuelve a bajar.

Con los adelantos, que el hombre ha tenido, al cielo no ha podido llegar.

Aunque su alma llegue algún día, a liquidar cuentas con Dios, de las malas y buenas obras que en esta vida tenga ya.

La alegría y la tristeza, que con nosotros están, todo se termina, con un suspiro y nada más.

Llegará ese día que la luz se apagará, con un suspiro cortito, llegaremos a la eternidad.

Nuestro cuerpo no sube al cielo, no puede volar, somos de tierra y en polvo se convertirá.

Las personas, que de corazón son buenas, en el cielo se verán.

Hay que pensar que, rodando y rodando, en esta vida, la luz de nuestros ojos se apagará.

El resplandor del sol no lo veremos más.

Todas las ilusiones, egoísmos y envidia en la tierra quedarán.

(Escrito de mi padre en el mes de julio del año 1981. Lo encontré en un folio, entre sus recuerdos personales. De su propia mano).

Prólogo

Cuando, a fuerza de pensar, llegas a la conclusión de que esta vida es solo un paso, la antesala de la otra en una eternidad donde el tiempo ha quedado atrás, porque sencillamente ya no existe...

Cuando las preguntas existenciales, que son las que tienen importancia, te abordan en el camino, y elevas la mirada sobre el horizonte, las piezas del puzle, que son las nonadas de cada día, te parecen eso... nonadas...

Entonces, y solo entonces, le das el justo valor a todo lo que nos tiene entretenidos en esta vida.

«El tiempo es corto, la eternidad es larga; es razonable que vivamos esta breve vida a la luz de la eternidad».

CHARLES SPURGEON, PASTOR BAUTISTA INGLÉS

Y, si eso es así, como realmente es, no vale la pena poner tanto corazón en las cosas, que nos entretienen en el ajedrez de la vida, sabiendo que la partida ya está perdida desde su comienzo.

Esta vida solo es un pequeño ensayo, el prólogo, la introducción, el inicio, el comienzo, la cinta de salida de lo que será la eternidad. La meta final.

Los seres humanos estamos tan apegados a esto que llamamos vida que se nos olvida con facilidad todo aquello que pasa del presente. Como decía la gran doctora mística, Teresa de Jesús: «La vida es como una mala noche en una mala posada».

Aquí son solo cuatro días mal contados. Los de mi padre fueron 35 179, con sus correspondientes noches. Noventa y seis años, tres meses y veinticinco días. Visto así, *grosso modo*, parecen muchos; pero, vistos después de haber pasado, como dice el salmo 89 de la Biblia: «Mil años en tu presencia son como un ayer que pasó. Una vela nocturna. Nuestros años se acaban como un suspiro. La mayor parte son fatiga inútil porque pasan aprisa y vuelan» (Sal. 89 4,9,10). Nada ante la eternidad.

Si está claro, por la tozudez de la realidad, que no tenemos morada definitiva aquí, ¿por qué afanarnos tanto en esta orilla de la vida, como si fuéramos a vivir aquí la eternidad? Cuando pensamos, como yo pienso cada noche, al ir a dormir, dónde colocaron el cuerpo de mi padre, entre esas paredes estrechas para no volver a salir jamás; ¿para qué tanta preocupación? ¿Para qué afanarse tanto?

Somos ignorantes con una pizca de estulticia si no relativizamos todo lo que nos rodea. Cuando llegue la muerte, todo lo vamos a dejar aquí. Muchas veces le oí a don Leocadio aquella frase: «Las mortajas no tienen bolsillos». Delante de la caja donde reposaban los restos mortales de mi padre lo pude comprobar, a base de dolor, despedida y lágrimas.

Con la caja abierta, antes de cerrarla para siempre, comprendí muchas verdades que me habían enseñado, pero que antes no había comprendido ni quería entender. Hay verdades existenciales que, para comprenderlas, tienes que vivirlas y sentirlas en tus propias carnes. No vienen en los libros.

Cuántas veces dije aquello de «La muerte forma parte de la vida», pero hasta que deposité un beso en la frente gélida de mi padre, instante antes de desaparecer su rostro de mis ojos húmedos, no comprendí nada de lo que hasta ahora había sentido. En ese instante, cambió mi vida para siempre.

Pienso que lo que importa de veras es la eternidad, donde vamos a estar algo más de tiempo... ¡Toda una eternidad!

Aquí, vamos a vivir cuarenta, sesenta o noventa años. Construimos verdaderas mansiones, provistas de todos los medios y comodidades: quinientos metros cuadrados, piscina, patio, cochera, buhardilla, terraza, barbacoa...

En nuestra última morada; en el tránsito a la otra vida, solo nos bastan dos metros cuadrados en horizontal. Pensando en esto, algo falla en nuestra vida. Algo no hemos entendido de esta efímera estancia, que como el pájaro pasa sobre el cielo azul, sin dejar rastro tras de sí. O como el barco en el mar, que deja solo una estela de espuma, blanca y azul que, al momento, se borra y desaparece.

1. La aldea

Corría el año 1923. 22 de enero de ese mismo año, lunes para más señas.

Habían finalizado, poco ha, las fiestas de Navidad. El aire de la aldea aún transpiraba olor a perrunillas y a roscas de aceite, a jeringas untadas en miel, a copitas de aguardiente acompañadas con los dulces de cortadillos mañaneros. Casi no se habían apagado, los roncotes de la zambomba ni el alegre sonsonete de los platillos de las panderetas, junto al tamboril de piel de cabra. El eco sobre la montaña, aun repetía los sonotes de los alegres villancicos, y los cantos pastoriles.

La aldea se movía a ritmo, milenario, en el devenir de la vida: del corral al huerto, del huerto a la casa, buscando el calor de la familia junto a la lumbre en las brasas de la cocina. Entre el frío de enero y el carámbano de los charcos en la calle y el regato junto a la casa, que en sus mejores días se despeñaba hasta juntarse con el agua del río Esperaban.

Los tejados de pizarras azules con musgo verde en los extremos aparecían coronados con una aureola de niebla mezclada con el humo de las chimeneas.

El día anterior, una fuerte ventisca había azotado la montaña de la Zambrana y la sierra de la Boya. La aldea, pegada en sus estribaciones, se había cubierto de un manto blanco por la nieve, caída en silencio de forma persistente durante toda la noche.

Hoy, 22 de enero, van entrando en la casa, como si de una procesión se tratara, todas las vecinas para felicitar a la señora Juana, a media tarde, poco antes de la llegada del gran pastor con sus cabras, cabritillos y machos cabríos. Las mujeres entraban ataviadas con sus mantillas de lana para hacer frente al frío gélido de la nevada.

Al caer la tarde

Es la hora mágica de grandes acontecimientos. Cesan las faenas campestres. Regresan las cabras a la majada. Se reúnen las familias en el hogar. Huele a cena caliente recién hecha en la caldereta, colgada en las llares sobre la lumbre. Cesa la actividad y llega el reposo de los corazones cansados.

A esa hora...

Tiene lugar la entrada triunfal con todos los honores, al son de las esquilas y campanillos, del ganado común de todas las cabras de la aldea. El sol mortecino de enero apaga sus rayos sobre el manto de nieve que corona la montaña...

El alegre tintineo desacompasado de las esquilas de las cabras anuncia su entrada inminente en la calle principal. El zagal y el mastín de la majada van delante. El pastor va detrás para que no quede ninguna rezagada cortando los tallos tiernos de la hierba de la orilla del río después de vadear el charco grande.

Invade la aldea un enorme rebaño de cabras. Vienen algo tranquilas, con pocas ganas de brincar. Llegan cansadas de su larga caminata por la sierra. Los distintos balidos en las estrechas calles se mezclan formando una sinfonía caprina. Sin que nadie medie entre ellas, se dirigen cada una a su corral.

Las señoras, con los pucheros grandes de porcelana roja, esperan en la puerta para iniciar el solemne rito de ordeñar sus repletas ubres, la blanca y cálida leche. Es cierto, lo he visto con mis ojos muchos años después, un espectáculo digno de ver y disfrutar.

Es una auténtica invasión de cabras. En la aldea hay más cabras que personas.

Es un auténtico ritual; las mujeres, con el mandil de estameña y el puchero en la mano, comienzan, a la entrada del corral, el ordeño como una ceremonia ancestral.

El último en llegar, el pastor, que se dirige con las suyas a su corral.

Hoy caminaron por la ladera de la sierra de la Zambrana, rebuscando las bellotas, hasta la cima. Llegaron al Pico Bermejo, donde unas rocas puntiagudas sobresalen de la ladera formando un inmenso precipicio. Solo pisarlo y asomarse da auténtico vértigo.

Pero hoy es un día especial:

En la calle principal, a mitad de ella, en la casa con el imaginario número 13, la señora Juana estaba de buena esperanza. Le habían cumplido los días para traer al mundo su primer hijo.

Le llegó la hora de ser madre. Poco antes del mediodía del lunes, se pone de parto. Llegó a punto la comadrona de la aldea, que a fuerza de asistir a los partos aprendió el oficio de ayudar a los niños a venir al mundo.

Por estas aldeas perdidas en las agrestes montañas, no solía venir la cigüeña a traer los niños. Nunca pasaron ni se les esperaban. Y menos en esta época de frío, ventisca y nieve.

Cuando todo ha pasado, y se han realizado los cuidados necesarios para este sublime y divino oficio, la comadrona se lava las manos en la palangana de porcelana blanca sobre el palanganero de madera tosca. Seca sus manos en la toalla de color ocre.

Termina su faena y se dirige a su casa al final de la calle, donde comienza la plazoleta. La señora Juana lleva en su rostro las huellas del sufrimiento temporal pasado en el parto. Tiene colgada en sus ojos de joven mujer la sonrisa de madre, por el niño que tiene entre sus brazos.

Paulino, su marido, el pastor bueno, sencillo y callado, hoy no ha salido con las cabras. Se quedó en casa junto a su mujer. En su rostro se dibuja una sonrisa, llena de rubor cuando en la sala alta en el piso de arriba oye el débil llanto de su primer hijo, parecido al balido de uno de sus cabritillos.

A los ocho días llevan al niño a bautizar a la iglesia en la aldea de Horcajos, donde pertenecía la aldea de Castillo. Por caminos de herraduras, se dirige la familia más allegada para cumplir con el compromiso de cristianizar al nuevo neófito. Regentaba dicha parroquia el Señor cura por aquellos años, don Primitivo. Cura entrado en años, algo taciturno y con rostro serio. La ceremonia, sencilla y con pocas alharacas. De nuevo regreso a casa.

Le pusieron de nombre el santo del día. Pienso, aunque me equivoque, que los aldeanos de entonces conocían mejor que nosotros el santoral.

Encontraron el nombre de Anastasio y... Anastasio, le pusieron.

Los santos del día 22 de enero eran san Anastasio, monje y mártir; san Bernardo; santo domingo Abad; san Gaudencio; san Mateo Alonso de Leciana; san Valerio obispo; san Vicente Palotti; san Francisco Gil de Frederic.

Pero, de entre todos los nombres, el que más le gustó a la familia, empezando por la madre, era Anastasio. La madre que lo había parido era la encargada de elegir el nombre de la criatura. Decisión acatada por toda la familia y hasta por el cura. El cura solo ponía una condición: que llevara nombre de santo para que fuera su protector en la tierra y en el camino hacia el cielo.

La madre era la mujer fiel y solícita sobre la que pesaba el cuidado, atención y educación de los hijos. El padre se dedicaba a las labores del campo y al ganado. Aunque la mujer con frecuencia cargaba también con oficios y menesteres del campo.

El niño pronto empezó a correr tras las cabras y a cuidar de ellas como hacía su padre con total dedicación.

La pastoría de cabras formaba parte de la familia. De ellas dependía en gran medida el sostenimiento de la prole. La leche, el queso, los cabritos eran alimentos básicos para la subsistencia.

El tiempo iba pasando lento y monótono en el frío invierno de la aldea. La vida se deslizaba a cámara lenta. Cada día, había que realizar las mismas faenas, de forma rutinaria y anodina.

La sucesión de las horas y los días en el reloj de cadena, colgado en el ojal del chaleco de pana negra de Paulino, poco importaba, apenas se tenía en cuenta.

Era más un simple adorno, escondido en el pequeño bolsillo del chaleco, que una necesidad de cronometrar las horas y los días.

El niño iba creciendo en edad, y solo en edad, porque la sabiduría la iba encontrando paso a paso, en el devenir de los años, con tesón y esfuerzo.

A los tres años del nacimiento del primogénito, llega a la casa, de Juana y Paulino, el segundo miembro de la familia, Rufino. Cuando Anastasio iba gateando por los seis años, llega el tercero, Florencio.

Por último, el cuarto miembro en llegar a la familia sería una niña. Aurea. Para entonces, Anastasio, había cumplido los diecisiete. Estaba hecho todo un hombrecito, desempeñando tareas propias de los mayores del lugar.

2. La escuela

Cuentan los anales de la memoria colectiva que, a la escuela, apenas podían asistir los adolescentes y jóvenes del lugar. La vida era muy difícil y en el campo se necesitaban manos para sacar adelante a la familia.

Tasio, como lo llamaban cariñosamente sus vecinos, ya está hecho un hombrecito. Participa de las faenas en el campo: haciendo carbón, picón, recolectando aceitunas, castañas y, en otras ocasiones, guardando las cabras, en el prado o en el monte bajo, o junto a la ribera del río Esperaban.

Todo un figura; con sus pantalones de pana con algún que otro remiendo y su chaqueta de lona azul descolorida, por el sol y el lavado. Con su zurrón de piel de cabra oscuro al hombro y su fiambrera de aluminio redonda repleta de tajadas. Parecía un pastor de los que recorren, todos los días, las sierras cercanas a la aldea.

De baja estatura, pelo muy negro, mirada soñadora y algo triste, su figura enjuta como los juncos que crecen junto a los charcos en el arroyo. En los pies, unas abarcas de cuero basto y rústico sin doblegar. Así era nuestro pastorcillo.

A las cabras, las conocía y las llamaba por su nombre: Lucero, Mariposa, China, la del pelo rojo y largo, Orizcana, Lagartija, Luna, Estrella..., en total, treinta y cuatro.

Por tener que cuidar de sus cabras, no pudo asistir a la escuela. Las clases las daba un señor algo mayor. Era el que más sabía en el pueblo, aunque no tenía título de saber nada. Solía impartirla en su casa por las noches, cuando los zagales regresaban de las faenas del campo.

Nuestro pastorcillo asistió tres noches. Al comprobar que con su esfuerzo y tesón sabía más que el mismo maestro, aunque suene a pedantería, abandonó la escuela.

En casa, a la luz del candil, había aprendido a leer y a escribir, sobre todo a poner su nombre, con buena y elegante caligrafía, como he podido comprobar en muchos escritos que he visto de él. Para aumentar los conocimientos, en su afán de aprender, llevaba siempre algún libro en el zurrón. En las horas lentas y monótonas, viendo comer y rumiar sus cabras, se sentaba apoyando su espalda en el tronco de un castaño. Se abandonaba en alas de la imaginación entre las hojas de aquel libro, intentando descifrar la belleza que en aquellas páginas se encontraba escondida con deseo de poder desentrañarla. Con su interés, constancia y esfuerzo, lo conseguía. Era un pequeño soñador.

Sentía en su imaginación ansias de conocer y saber, pero, por desgracia, eran pocos los medios a su alcance para poder aprender.

Desde muy temprana edad, dominaba como un auténtico autodidacta lo que él llamaba las cuatro reglas. Algo que completaría más adelante, como diremos en otro acontecimiento de su vida.

Su escritura era una obra de arte. Letras finas y elegantes. Una caligrafía para enmarcar.

3. La siega

Pero... todo iba a cambiar en esta vida idílica, bucólica y a la vez dura en la familia. Un negro presagio sobrevolaba sobre esta familia. Oscuros nubarrones preñados de tragedia asomaban por el alto horizontes de la cercana sierra de la Zambrana. La familia viviría poco después la peor de sus desgracias. Un milano negro de mal agüero sobrevolaba aquel día el cielo azul de la aldea.

El calor sofocante del verano se cernía sobre la aldea, colgada a lomos de la sierra cercana. Las cabezas de los labriegos y pastores se cubrían con el típico y obligado sombrero de paja. El calor apretaba sobre la piel casi negra, cobriza de los que a diario aguantaban el peso del día en medio de campo.

Segunda quincena de julio. El chico, con sus diecisiete años recién cumplidos, se ha hecho ya un hombre de los que saben llevar el peso del trabajo y el sudor en medio del campo.

Llega a sus oídos un rumor insistente:

Entre los aldeanos, se está organizando una cuadrilla de segadores. Pero el chico se siente grande entre los mayores del lugar, no quiere quedarse de brazos cruzados, y va a demostrar hasta dónde llegan sus ilusiones de adolescente tirando a mayor. Quiere unirse a la cuadrilla y ser uno más de los segadores. Su padre intenta quitarle la idea de la cabeza, al verlo bajito y escuchimizado. Ante la vehemente insistencia del muchacho, el padre cede a sus pretensiones.

Pocos días después, cuando ya han puesto la fecha de la marcha hacia la siega, el padre le prepara todos los aperos necesarios: la hoz grande de corte, otra más pequeña, el cuerno con el aceite y la piedra alargada para amolar la hoz. Su madre, la alforja, de tiras a rayas; el zurrón; la camisa de lienzo moreno; el pantalón negro de pana; las albarcas; la indumentaria necesaria para tal oficio.

Al chico, el ánimo y las ganas se le escapan hasta por las orejas. Desconoce por completo lo que le espera. Es la primera vez que va a participar de un trabajo tan duro. Solo contaba con sus ganas, con sus ilusiones y con deseos de salir de aquella pequeña aldea y abrir el horizonte a sus ansias de volar.

Pero..., en su carné imaginario, tenía diecisiete años. Digo imaginario, porque aún no se había inventado la manera de identificar a las personas con un pequeño papel plastificado, lleno de garabatos, un número y una foto. Para ese momento, Tasio contaba ya con veintitrés años, concretamente el 10 de mayo de año 1946, cuando surgió la idea de este documento identificativo.

Lo tiene claro... Se marcha a la siega. Casi todos los hombres del pueblo han formado la cuadrilla. Solo quedan unos cuantos que se encargarán de las pastorías de cabras. Otros, de las faenas del campo, de regar las hortalizas, sacar las patatas y la recogida de las mazorcas. Entre ellos su padre, que prefiere quedarse porque la madre está embarazada por cuarta vez. Él cuidará de ella, de los dos pequeños, del campo y de las cabras. La señora Juana está algo delicada con el embarazo y el inminente parto de su próximo hijo, que presiente que será una niña.

Dicho y hecho. Al día siguiente, muy de mañana, antes de despuntar la aurora, al comenzar la sinfonía de los gallos, la cuadrilla sale de la aldea sin hacer ruido, cargando al hombro todos sus aperos de segadores. Tasio se ha despedido de su padre con un sentido abrazo. Es el mayor de los hijos. No le faltan los consejos de su experimentado padre. Es la primera vez que abandona su casa por tiempo indefinido.

Todos van en busca de las tierras salmantinas, donde están los grandes sembrados de trigo preparados para la siega. Llevan caba-llerías para portar los utensilios y todo lo necesario para su trabajo. Caminan a pie y decididos haciendo la ruta en dos jornadas, por caminos y veredas sobre la ladera de la montaña. Llegan al pueblo de Tamames, donde se estrenarán en la dura faena.

Al día siguiente, comienzan a segar muy de mañana, antes de que el sol haga restallar sus cuerpos morenos y sudorosos.

Un trabajo duro donde los haya. Se ponen manos a la obra, están perfectamente ordenados en fila para abarcar el mayor espacio posible del sembrado sin quedar nada atrás. En sus hombros portan las herramientas más necesarias, para aligerar el trabajo. En la mano derecha, la hoz grande de corte. En la mano izquierda, un protector de cuero duro en los dedos, para evitar, al coger el ma-ñojo de tallos de espiga, un accidente con la hoz.

A la cintura, colgado el cuerno de aceite y la piedra para amolar de cuando en cuando la hoz de corte.

Y así, avanzando, avanzando..., todos a una como los de Fuen-te Ovejuna.

Delante de ellos, el trigo se mece como una inmensa ola dorada al compás de la brisa que sopla intermitente y, de alguna manera, refresca los rostros sudorosos de los segadores. Suena muy idílico aunque la realidad es más prosaica.

Los más jóvenes acusan el cansancio del primer día por falta de experiencia, pero pronto se pondrán a la altura de los mayores, no hay tregua en este duro trabajo.

Algunos, los más decididos, eran los que, con sus cantos, po-nían una nota alegre en medio de este mar de sudor y cansancio.

Entonaban melodías como

«No madrugaría tanto si el sol fuera jornalero.

No madrugaría tanto, que andaría más ligero.

Ya se está poniendo el sol, ya hacen sombra los terrones.

Y el bolsillo de los amos está dando tiritones.

De segar de los secanos, ya vienen los segadores.

De segar de los secanos...».

(Canto tradicional, mester de juglaría).

Así, jornada tras jornada, aguantando el peso y el sol del día.

Las espaldas, dobladas, torsos morenos, con hilos de plata, sudor a raudales, y la boca reseca por falta de agua. Sin camisas blancas, a pecho descubierto. Penden colgadas sobre las ramas del único árbol, una morera, que hace de centinela en la senara en lontananza.

Las manos cansadas de tanto aguantar la hoz grande de corte. ¡Qué dura es la vida de los segadores! ¡Madre del alma mía!

Así, mañana tras mañana, antes de salir el sol, ya están ellos formando hilera en la senara. Se fueron buscando el trigo, candeal, en las llanuras de Salamanca. Y... lo encontraron, ya granado y preparado para la cosecha.

Contemplar el ancho campo de trigo, listo para la hoz, muy lírico y bucólico, pero fijar la mirada en una hilera de segadores, con la hoz grande de corte en ristre como arma para acabar con el trigo, eso forma parte de otro cantar. El trigo y los segadores apenas se distinguían; ellos, con sus sombreros de paja, el campo sembrado, de olas; pero, para que la jornada se hiciera más llevadera, uno de los segadores, el más aguerrido y animoso, se arrancaba a cantar de nuevo, al atardecer, para sentir que la jornada estaba llegando a su fin y redoblar el último esfuerzo con la hoz en la mano derecha y el guante de cuero en la izquierda.

Entre los segadores, un chico de diecisiete años no se quedaba atrás. Segaba al mismo ritmo de los demás. Disimulaba el cansancio. Apenas sobresalía su cabeza de los tallos de trigo.

Cuando el sol caía a plomo desde la bóveda celeste, el capataz daba una voz para que cesara la faena. Al parar, caían derrotados sobre el surco recién cortado, para después levantarse y secarse el sudor. Era la hora del yantar, del refrigerio y del descanso. Marchaban todos, casi en la misma formación con la que estaban segando, hacia el cobertizo, al lado del campo, donde habían quedado los aperos, la comida y los botijos de agua fresca.

Después de la frugal comida y agua del barril, de nuevo al corte, donde lo habían dejado.

La noche era el momento del gran descanso y el sueño, llegaba a lomos de los párpados sin llamarlo. No hay mejor modo de descansar que después de estar cansado.

Era la vida de los segadores. Una vida dura, fuerte y sin compasión. Meter y sacar la hoz, para después volver a meterla y sacarla cortando casi a ras del suelo los tallos secos y dorados de trigo.

Mucho era el cansancio en esta difícil faena; el sol trepanaba la cabeza produciendo un extraño dolor, fruto del calor agobiante y la postura antinatural mantenida durante todo el día.

De niño, alguna vez contemplé esta faena en los pequeños campos que rodeaban la aldea. Llevado por la curiosidad infantil, tuve en mis manos, solo por un instante, esa hoz de corte, tan grande que apenas podía sostener entre mis dedos. Mi padre me la ponía en mis pequeñas manos. Después me la quitaba. Sabía lo peligrosa que era para un niño.

Y, así..., la cuadrilla, cuando se ocultaba el sol por el horizonte, y el manto de la noche se extendía sobre los trigales, caminaban hacia el cobertizo, en busca del refrigerio bien ganado y sudado, para caer rendidos sobre los jergones de paja y recuperar las fuerzas perdidas en el campo dorado durante el paso del día.

Ese campo mecido por la brisa del atardecer primero tuvo que ser regado, para su crecimiento, y ahora también es regado, pero por el sudor de los segadores para su cosecha. Me viene a la memoria aquel salmo de la biblia, el 126, que dice en sus últimos versículos: «Al ir iban llorando, llevando la semilla. Al volver vuelven cantando trayendo sus gavillas». (Sal. 126,6).

La comida y la cena eran momentos propicios para recuperar las fuerzas y el descanso, después de un día de siega. Como se solía decir, era comida de seco, que consistían en pan, queso, embutidos, etc. Acompañados de agua fresca del botijo de barro cocido.

Así, un día y otro también. Pasados unos días, nadie había abandonado su puesto. Su vocación de segador la llevaban incrustada en la piel morena, quemada por el sol. Ni los mayores por el peso de los años y las fatigas, ni los más jóvenes, por su inexperiencia y falta de años, abandonaron su puesto de intrépidos segadores.

Los jóvenes, al paso de los días, ya no parecían tan jóvenes, la piel curtida por el sol, el sudor y el esfuerzo; se había vuelto oscura como la de los mayores. Se habían mimetizado. Rostros morenos, negros, que parecían de otra raza.

De nuevo, me viene a la memoria, siendo un niño, cuando mi padre marchaba a la siega, para no perder la costumbre de segar o porque, en casa, la necesidad era grande y el pan escaseaba, la misma faena de la siega.

Al final de agosto, el calor había amainado, porque las horas de sol eran menos. Mi padre regresaba a casa en compañía de toda la cuadrilla que había salido de la aldea. La alegría y el entusiasmo le bailaba en ese rostro, moreno y quemado por el sol. Cuando entraban los segadores en la aldea, aquello era como el chupinazo del inicio de las fiestas en algunos pueblos del norte de España. Como los San Fermes.

Las mujeres y los niños corríamos a recibirlos con alegría y gritos desbordantes. No exagero: éramos niños y nuestro padre había estado ausente del hogar casi dos meses, lo que duraba la siega, y sin saber dónde estaba.

Recuerdo que mi padre venía con la alforja cargada de trozos de queso duros de distintas clases que nunca habíamos visto, porque en la aldea solo conocíamos el queso de cabra. Eran toda una novedad esos trozos de distintos sabores y colores. De mayor pensé, y no me equivoqué, que, para reunirlos, dejaba de comerlo y se quedaba con hambre, pensando en los rapazueros que había dejado en la casita pobre de la aldea.

Además de todo, recuerdo que, ya en casa, con mucha alegría, sacaba la bolsa de tela, donde traía el salario ganado después de tanto trabajo y esfuerzo. Nos reunía en la sala de arriba y, con nuestra madre en medio, sacaba las monedas y algunos billetes. Aquello era todo un tesoro conseguido con su trabajo diario, que vendría muy bien a nuestra economía familiar algo maltrecha, por decir algo.

Recuerdo una de esas ocasiones, a su llegada a casa. Estábamos sentados en la sala de arriba, ya bien entrada la noche. Mi madre, como la gallina junto a sus polluelos, nos contaba historias como aquella de la Loba Parda. O aquella de la cabra pelética. De pronto, observó una mariposa blanca revoloteando, junto a la llama vacilante del candil. Gritó llena de alegría:

—¡Esta noche tendremos una buena sorpresa!

Al rato, sonó el cerrojo de la puerta. Alguien abrió y subió las escaleras de piedra rústica. Era mi padre, que llegaba de la siega. Aquello fue una fiesta, sin traje de noche. Nos abrazamos a él sin terminar de creer lo que estaba pasando. Nunca creí que las mariposas pudieran vaticinar nada, pero aquella noche sí. Era palabra de mi madre. Las blancas traían sorpresas agradables y las negras, mal presagio.

Pero...

De nuevo, regreso al pasado en el siguiente capítulo.

